

La Ilustración Artística

AÑO XXXIV

BARCELONA 10 DE MAYO DE 1915

NÚM. 1.741



COMIDA SOLITARIA, cuadro de Carlos Vassier

(Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París, 1914. - Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística.)

SUMARIO

Texto. - De Barcelona. *Crónicas fugaces*, por M. S. Oliver. - *Sembrad...*, por José A. Luengo. - Madrid. *Notas de actualidad.* - Barcelona. *El nuevo elefante del Parque.* - La guerra europea. - Barcelona. *Juegos Florales.* - La roca del hombre muerto (novela ilustrada; continuación). - Madrid. *La Fiesta del Sainete.* - *Libros enviados a esta Redacción.* - Barcelona. *Salón del Fayans Catalá. Exposición Myrbach.*
Grabados. - *Comida solitaria*, cuadro de Carlos Vassier. - Dibujo de Carlos Vázquez, ilustración al cuento *Sembrad.* - Salvador Viniegra. - *Contraste; La bendición de los campos en 1800*, cuadros de Salvador Viniegra. - Madrid. *Notas de actualidad.* - Barcelona. *El nuevo elefante del Parque.* - La guerra europea. *Infantería turca descansando en las montañas del Cáucaso.* - *Puente de ferrocarril construido en un solo día por las tropas alemanas.* - *La caída de Przemysl*, dibujo de H. C. Seppings-Wright. - D. Federico Rahola, poeta premiado con la flor natural en los Juegos Florales. - Señorita Doña Luisa Rahola, reina de la fiesta. - Madrid. - *La Fiesta del Sainete.* - *El celebrado artista parisiense Feliciano de Myrbach en el Salón del Fayans Catalá.*

DE BARCELONA. - CRÓNICAS FUGACES

He aquí que ha pasado la fiesta del 1.º de Mayo - aquella fiesta que cuando se instituyó presentábase tan amenazadora - y nadie diría que hubiese habido socialismo en el mundo. Exceptuando Madrid, o alguna apacible capital de provincia donde la llamada solemnidad del trabajo toma aspectos de jira campestre o de romería al estilo antiguo, en las demás ciudades importantes del mundo transcurrió inadvertida, o poco menos, la fecha que nos llenó de espanto en otras ocasiones.

Por fuerza ha de haber comprendido el proletariado que este año no era el más a propósito para causar efecto ni para desplegar en línea de batalla. Acaba de ser puesto a prueba su poder efectivo, y ha capitulado sin resistir. El pacifismo y el internacionalismo, mediante los cuales ofrecía acabar con los conflictos armados, no han impedido que estallara en el mundo la guerra mayor que habrá conocido la historia humana. Al fracaso se ha juntado una ironía tremenda. No sólo flaqueó la prometida resistencia; no sólo de una y otra parte, del grupo francés y del grupo alemán, surgieron las más terminantes palinodias en sentido nacional contra el cosmopolitismo de la víspera; no sólo aquellos propagandistas intemperantes del tipo Hervé, volaron a ocupar su puesto en las trincheras, sino que con el máximo de horror declamatorio contra la guerra y de conminación violenta para acabar con ella por el procedimiento de «culatas al aire» ha coincidido la conflagración más espantosa e inhumana que ocurrió nunca, como diciendo: ved lo que son las declamaciones y qué raza de sofistas es la que se encarga de conducir o de extraviar a las muchedumbres.

Y, sin embargo, hubo un momento, cuando no cupo duda acerca de la inminencia de la catástrofe; hubo un momento en que el mundo volvió sus ojos al socialismo como a una fuerza de conservación, esperando que impidiese lo que no habían alcanzado a detener ni la diplomacia, ni el sentimiento religioso, ni las altas inteligencias consagradas al objetivo de la paz, ni los mismos intereses económicos, valladar el más fuerte contra los impulsos guerreros. En ese momento, el socialismo contó con la secreta simpatía de los no socialistas, y se olvidó todo aquello que podía haber de disolvente y negativo en su acción, para no recordar sino sus ofertas de paz y su organización encaminada a garantirla.

Pero las multitudes no intervinieron; no se movieron siquiera y, lo que es más, olvidaron su organización artificial y cosmopolita, para agruparse en torno de las banderas nacionales, proclamando con ello la superficialidad del sentimiento internacionalista y la profundidad y arraigo de esas cosas tradicionales, vitales, biológicas: la nación, la raza y la lengua. Además, el pacifismo de los socialistas era, en general, un pacifismo insincero y muy diferente del pacifismo de los filósofos y publicistas. El pacifismo de los socialistas no significaba, en el fondo, más que antimilitarismo. Y ese antimilitarismo suyo no se fundaba en un odio esencial a la fuerza armada, sino en cuanto la fuerza armada estaba al servicio del Estado burgués y del capitalismo.

En suma: el pacifismo y el antimilitarismo de los socialistas, se reducían, por término medio, a un pretexto o recurso revolucionario, y no tenían otra finalidad que la de subvertir poco a poco el Estado burgués, destruyendo o conquistando previamente el instrumento material, el dique de su defensa. De ahí el fracaso de la idea socialista en cuanto a sus conexiones con la guerra, y de ahí también la falta de entusiasmo y aun de valor para celebrar ahora el 1.º de mayo, después de una claudicación que tan al descubierto ha dejado la falta de sinceridad de aquellos lemas.

Los Juegos Florales de Barcelona han tenido este año notorio relieve, así por las personalidades que en ellos han intervenido, como por sus conexiones con el momento histórico, con la trágica y horrenda actualidad. Ha sido el presidente D. José Pin y Soler, uno de los «hombres de letras» más propiamente tales entre cuantos honran y han honrado a Cataluña.

Novelista, comediógrafo, narrador de viajes, traductor de los humanistas del Renacimiento, *causeur* admirable así hablando como escribiendo, su obra total forma una de las misceláneas más variadas y exquisitas que recordemos, no ya en Cataluña, sino en cualquier país del mundo. Ausente de su patria durante la primera mitad de la vida, casado en tierra extranjera, educado su espíritu en la escuela viva de las peregrinaciones por el mundo, se incorporó, ya en la madurez de su edad, al movimiento literario de nuestra patria, como un *dilettante* a quien había llevado a escribir el dulce mal de la ausencia.

El *dilettante* convirtióse desde el primer momento en profesional o maestro consumado, y supo conservar toda la parte pura de su *dilettantismo*: el desinterés, la parsimonia, la sabia lentitud en el componer, el arte de no escribir más que cuando se debe y se puede escribir: cuando los asuntos han llegado a su plenitud y nos hurga en el alma la comezón irresistible de darles forma y de librarnos de su peso. De ahí el incentivo especial con que se hace desear y leer el autor de *La familia dels Garrigas*, incentivo con el cual se combina un leve dejo de exotismo, una punta de extranjería, no afectada ni falaz, sino muy propia y aun inevitable en quien anduvo tanto tiempo fuera de España, y recorrió tantas ciudades y países.

Pin y Soler no es hombre de escuela; pertenece al grupo eterno de los independientes que, aun en medio de las más avasalladoras innovaciones literarias, saben echarse a un lado y dominar la moda sin dejarse dominar por ella. Es un hombre del día que escribe con el reposo de los antiguos. Nada más lejos que su prosa de esa prosa trepidante, apresurada y frenética que ha constituido, durante cuarenta años, el troquel común de los escritores modernos. Su materia es de hoy, humana, palpante, llena de novedad; pero su andamiento es el añejo y clásico de los viejos cronistas catalanes o *gauilois*, de los viejos epistolarios, de los narradores populares por naturaleza o por procedimiento artístico. En tal momento nos parecerá un Daudet que escribiese como Merimée; en tal otro, un Merimée que escribiese como Montaigne, y siempre el artista moderno se presenta revestido de un prestigio arcaico, sin arcaísmos verbales, se entiende: aquel vago y no analizable arcaísmo de los literatos que todavía saben latín y suelen manejar libros de las otras centurias.

Pues bien: a este preclaro escritor estuvo confiado este año el discurso presidencial, y lo dedicó por entero al espectáculo, a la vez heroico y desolado, que nos ofrece Bélgica desde la invasión. Una razón personal y otra razón de principio habrán decidido al Sr. Pin y Soler a tratar semejante tema en los Juegos Florales. La razón personal es su cariño por la pobre nación, víctima de la «guerra grande» y los lazos de parentesco que con aquélla le unen. La razón de principio es que en los Juegos Florales fué siempre defendido el principio de las nacionalidades, especialmente el de las oprimidas o sometidas por la fuerza, y a eso responde la institución poética en último término, y ése fué el designio íntimo de sus fundadores: dar voz y espíritu a los vencidos, levantar el clamor poético por encima de los hechos consumados, y declarar imprescriptibles ante el tribunal de la razón los derechos de la nacionalidad contra todas las contingencias de la historia.

La flor natural ha correspondido este año a Federico Rahola, por su poesía *Filemón y Baucis*. También es Rahola una de las figuras más interesantes de la generación que fluctúa entre los cincuenta y los sesenta años. Sus rasgos característicos son la franqueza, la generosidad, el entusiasmo ardoroso, el poder de ilusión triunfante de la edad y del desengaño, es decir, la juventud de alma, aun atormentada ésta por acerbos e impercederos dolores. Tiene Rahola uno de esos temperamentos propicios no al arrebatado, pero sí a la exaltación idealista; no a la iracundia, pero sí a la noble indignación, pronto desarmada y rendida por la benevolencia. Es un alma diáfana y vibrante como un cristal, y sus versos, en los momentos de verdadera poesía que le ha concedido el cielo, corresponden con fidelidad a las condiciones del hombre, por todos querido y admirado.

Una desgracia reciente ha desgarrado las fibras más íntimas de su corazón y como, por ley de sinceridad, el poeta y el hombre son en él una misma cosa y van juntos y confundidos, ha dado expresión

artística a este duelo personal bajo formas de alegoría que no impiden la emoción, haciéndola en cambio discreta y trascendente. ¡Triste privilegio el de esas inspiraciones que se logran a costa de la propia felicidad y que, si ofrecen al mundo el aroma de la poesía verdadera, es después de haber ardidado nuestra vida en llamas devoradoras y de haberse convertido en cenizas las ilusiones, las esperanzas, los sueños de ventura, lo mejor de nosotros mismos!

También fué premiado otro veterano del arte y de las letras: Apelles Mestres. La serie de composiciones a las cuales debe la Englantina son de una índole que no cabe comentar aquí sin peligro. Baste decir que se trata de poesías de combate inspiradas en la emoción de la guerra y en la corriente pasional que ha venido a determinar en todo el mundo. El ilustre dibujante poeta, se ha sentido transportado otra vez a los ardores militantes de su juventud, y ha rimado sus odios y sus anatemas. Tengo entendido que así las piezas premiadas como otras de la misma serie saldrán dentro de poco formando un volumen y que no será ésa la única muestra de inspiración que debamos a la catástrofe.

El premio trienal de novela ha sido adjudicado a Santiago Rusiñol por su *Catalá de la Manxa*, dándose el caso de que el autor de *Els Jochs florals de Canprosa*, como se le ha recordado benévolutamente, en el esplendor de su gloriosa carrera de artista y de dramaturgo haya acabado por recibir un premio de la institución que puso en solfa en su tan discutido como salado sainete de hace quince años. Esto quiere decir que la manía antiflorista, como la manía antiacadémica, tienen mucho más de tópico y de convencional que de sincero. Lo mismo, exactamente lo mismo que los rencores floralistas y académicos contra las diatribas de fuera. Nadie se resiste, cuando llega la ocasión, a ser premiado en los Juegos Florales, como nadie se resiste a que le hagan académico, aunque haya pasado su vida declamando contra los consistorios y las academias.

Y los académicos propietarios lo mismo que los mantenedores adventicios no se obstinan tampoco en no admitir o no premiar a los autores de tales diatribas, cuando les llega el turno. Se trata, pues, de una costumbre, de un lugar común y de un tema retórico hartado más que de un odio implacable. Todo el mundo gusta de ostentar la medalla académica o de tener el derecho de colgársela, como gusta de ser proclamado un día Maestro en Gay Saber.

He hablado únicamente, con motivo de nuestra fiesta literaria, de las reparaciones, de los ya consagrados - entre los cuales habría que añadir también a Mosén Antonio Navarro por los bellos versos que el público aplaudió largamente -, porque ello sirve a una idea mía, no de ahora sino de hace muchos años. Desde criatura oigo hablar de la decadencia de los Juegos Florales. He asistido personalmente a la celebración del vigésimoquinto aniversario y del cincuentenario de esa fiesta. He repasado antiguas colecciones de periódicos y ya tres o cuatro años después de la fundación aparece ese estribillo de la decadencia y esa comparación con los días de oro...

Pero ¿cuándo fueron sus días de oro? ¿En qué fecha se estacionó el esplendor? Esos no son más que errores de perspectiva. Claro es que hace treinta o cuarenta años había menos actividad, menos fiestas, menos manifestaciones literarias y patrióticas; que todo ha crecido después prodigiosamente y que por lo tanto la atención del público está solicitada en mil otros sentidos. Pero los Juegos Florales han sido siempre los mismos: con sus errores de un instante, con sus postergaciones de un momento, pronto reparadas en los años sucesivos; con su languidez en tiempos normales y su estremecimiento en los días de pasión nacional o universal, como ahora.

Comprendo que se hable de decadencia o auge de la poesía catalana, considerada genéricamente. Hablar de la decadencia de los Juegos Florales es no decir nada, pues son ahora como fueron ayer y anteayer y el primer día: un fiel espejo o resumen de la producción poética libre, de suerte que ningún nombre ilustre, notable, discreto o mediano que tuviese su hora de notoriedad o congruencia con el gusto del público, dejó de figurar en sus anales. Como ahora, como mañana probablemente.

MIGUEL S. OLIVER.

La Sal Natural de Sprudel
de
Carlsbad
es la única legítima Sal de

SEMBRAD..., POR JOSÉ A. LUENGO, dibujo de Carlos Vázquez



Carlos VÁZQUEZ

- Y con éste van tres días, musitó el buen portero

El Sr. Lucas, viejo, chiquitín y arrugadico, y la señora Lorenza, su mujer, arrugadica, chiquitilla y vieja, eran porteros en una casa aristocrática del Paseo del Cisne. Cierta mañana invernal, al abrir la puerta de la calle, encontré al Sr. Lucas a un pobre diablo acurrucado en el quicio, envuelto el magro cuerpo en un abrigo invernal, y con las grises greñas escapándosele en desiguales mechones de un hongo deslustrado y sucio. El mendigo - pues lo era sin duda alguna - levantó al instante, saludó al Sr. Lucas muy finamente y desapareció.

- Y con éste van tres días, musitó el buen portero.

- ¿Es el pobre de ayer?, le preguntó su mujer desde la portería.

- El mismo. Ya te lo dije al tiempo de acostarnos: «Este pasa la noche en la puerta.» Y mira si me equivoqué.

- ¡Qué lástima! ¡Con el frío que ha hecho!

- Y parece una persona bien educada. Tiene las manos finas, la cara muy de señor y la manera de mirar más señoril todavía. Además, no es la primera vez que he visto esos ojos azules. Como se presenta esta noche, haré por trabar conversación con él.

El Sr. Lucas estuvo todo el día impaciente y, después de haber cerrado, púsose al acecho en la puerta. A cosa de las nueve se presentó el mendigo y, trémulo y tembloroso, se sentó en un banco frontero. El Sr. Lucas fué a buscarlo hasta allí, le alargó un cigarro y, sacándole al principio las palabras a viva fuerza, se las compuso de manera que a los diez minutos el pobre exclamó:

- Hubo un tiempo en que yo no mendigaba.

- Me lo figuré, le respondió el Sr. Lucas para animarlo. Eso se ve en seguida. Su historia debe ser interesante...

- ¡Mi historia! No sé si valdrá la pena de oirla.

personalidades se sentaban a mi mesa, todas las miradas se tendían hacia el lujo de mis trenes y el oro pasaba por mis manos sin detenerse en ellas, como van las aguas de un río por su cauce. Las monedas se hicieron redondas para rodar, y cómo rodaban desde mi bolsillo, que parecía inagotable, hasta el abismo insaciable de cuantos me rodeaban! ¡A raudales, a cataratas, a diluvios!.. Mis locuras eran sin número; mis deseos, en cuanto nacían, morían de hartazgo. No me cuidaba de lo que pasaba en el cielo. La influencia de las estrellas se rompía al topar con mi caja de caudales. Tampoco me preocupaba de lo que sucedía en la tierra, si esto no tocaba a mis intereses. Para mí no había dolores ni miserias ni penas. Un sacerdote, amigo mío, me habló un día de los pobres. Yo concluí su perorata con un comentario cruel dicho con la egoísta franqueza de mi corazón petrificado por la más perfecta indiferencia.

» - Dejemos, exclamé, dejemos a los pobres que se mueran de hambre, y dejen ellos a los ricos que se mueran ahitos. El fin es igual para todos. ¿Qué importan los medios de llegar hasta él?..

»Sin embargo, recuerdo que en cierta ocasión tuve compasión de un mendigo; pero ni esta vez siquiera me compadecí por caridad, sino por una humorada de mi carácter. Era una noche de otoño. Mi mujer - una locuela como yo - vino a buscarme al despacho.

» - ¿Por qué no salimos a dar un paseo?, me preguntó.

» - Porque tú no querrás, le respondí.

» - Entonces, si en mí consiste, ¡a pasear en seguidita!..

»Iba yo a ordenar que engancharan el coche, pero ella tornó a decirme:

» - ¡Vamos andando! La noche está deliciosa.

»Salimos como ella lo deseaba. Paso tras paso

- ¡Yo creo que sí! Cuando la vida es toda igual, siempre afortunada o siempre sin fortuna, nada de particular habrá en ella; pero estos altibajos tan grandes de la suerte no pueden ocurrir sin que haya algo trágico de por medio.

El mendigo, tras una breve pausa, habló de este modo:

- Yo fui rico y con el dinero tuve todo cuanto quise: amores, bienestar, honores y venturas sin cuento. Las más importantes

nos fuimos hacia los altos de la Castellana, a la sazón casi solitarios. Los viejos árboles alzaban sus recios troncos y juntaban sus frondas medio secas, en las que un vientecillo fresquito y juguetón, venido del Hipódromo, danzaba una bufonesca zarabanda. De ven en cuando una ancha hoja nos abofeteaba las mejillas y luego crujía bajo nuestros pies. Por el cielo corrían unas nubecillas estriadas y blancas. La luna pasaba pausadamente sobre ellas y coqueteaba entre sus velos djáfanos. El paseo, al lado de mi mujer, fué una delicia. En cuanto nos mirábamos a los ojos, nos reíamos sin saber por qué. La felicidad no necesita motivos para estar contenta. Se basta ella sola para hacer que broten las sonrisas. Mi mujer, apoyada en mi brazo, reclinaba la cabeza en mi hombro y tendía hacia mis ojos el puente de su mirada hechicera. Ante unos hombres que se levantaron bruscamente de un banco, ella murmuró a mi oído:

» - ¡Si fueran ladrones!..

»Y sentí por un instante la medrosa vibración de su cuerpo junto al mío. Al regreso del paseo nos sentamos en unas sillas. Un pobre se nos acercó para pedirnos limosna. Nos dijo que estaba muriéndose de necesidad y que dejaba a su mujer allá en su tugurio sin un mal mendrugo que llevarse a la boca. Su relato, sencillo y sin grandes aspavientos, nos conmovió. Ante aquella desventura tan absoluta sentí que mi propia felicidad se me clavaba en la conciencia. Consulté a mi mujer con los ojos y ésta, comprendiéndome, exclamó:

» - ¿Por qué no lo convidamos a cenar en un café?

»Confesó que esto me pareció un poco fuerte. Miré al pobre. Su aspecto no era repulsivo. Llevaba remiendos, pero no harapos ni manchas. La miseria debía estar por dentro, en el estómago vacío y en el alma sin ilusiones. Apenas se asomaba a las pupilas mortecinas y al rostro descolorido y flaco. Mientras lo examinaba pensé que sería divertido verlo comer y, parte por caridad, parte por distracción, le dije:

» ¡Vamos!.. Cenará usted en un café.

»El pobre, casi espantado, nos siguió. Penetramos en un café desierto, de estos que suelen verse en calles poco transitadas. El camarero sirvió la cena un tantico asombrado y el pobre comenzó a engullir con ansia mal disimulada. A la mitad de la cena vimos que cogía unas tajadas y las liaba en un papel.

» - ¿Quiere usted guardar para luego?, le pregunté.

» - No, señor, me respondió. Es que me acuerdo de mi mujer y se me atasca lo que como.

»Y la mía saltó y le dijo:

» - Coma, coma, que también habrá para su mujer.

»Terminó la cena. Le dimos dos duros. Él, apretujándolos entre sus dedos, nos miró largamente, con una mirada que no acababa nunca, y de pronto

dos lágrimas corrieron a lo largo de sus mejillas. Cuando desapareció, mi mujer me dijo:

» - ¡Cómo ha llorado el infeliz!.. Me ha parecido que mi alma era una flor y que en su corola caían sus lágrimas como dos gotas de rocío.

» Al contemplarla tan buena, la besé en la boca.

» - ¡Que nos van a ver!.., exclamó asustada.

» - Es que quiero, le dije, es que quiero saborear el perfume de esa flor.

» No contenta con esto, me manifestó que se había quedado con las señas del infeliz.

» - Si él y su mujer son buena gente, mejoraremos su situación, ¿verdad?..

» - Como quieras, le respondí.

» - Sí, replicó ella santamente enardecida. Les daremos una felicidad que apenas nos cuesta nada, y ellos, en cambio, nos darán sus corazones, sus bendiciones, sus deseos de que la ventura nos sea propicia y su agradecimiento.

» - Es un buen negocio, le dije.

» - Sí, hijo mío, un buen negocio. ¡También tu mujercita los hace!.. Hasta ahora fuimos como árboles estériles; ya conviene que demos frutos de buenas obras...

» Desde el siguiente día mi mujer se preocupó de hacer la dicha de aquel matrimonio y no paró hasta colocarlos en una portería de no sé qué casa de no sé qué conocidos nuestros. Yo vi al mendigo otras dos o tres veces. Cuando mi mujer dió por terminada su obra de caridad exclamó:

» - Sembrad..., sembrad y recogeréis...

» Y no recuerdo si hablamos más de aquel asunto.

» Mis negocios eran negocios de banca.

Después de varios años de prosperidad sucedió que la fortuna volvió un día su rueda.

Presentáronse importantes diferencias entre dos naciones y el fantasma de la guerra se enseñoreó de Europa.

Mientras iban y venían las notas canchilleras, los valores oscilaron en las Bolsas como nunca lo habían hecho.

El dinero lo puede todo, todo menos ser valiente. En este temor y en esta zozobra universales mi fortuna se deshizo, y la víctima de todo aquel pánico fui yo...

» ¡Ah! ¡Si no hubiera sido por ella!.. yo con mi pobre mujer.

» ¡Ah! ¡Si no hubiera sido por ella!.. Pero ella me alentó; ella me sostuvo en mi caída; ella, cuando se marcharon mis amigos - ¡mis amigos! - mis comodidades, mi posición y mi influencia, cuando todo

desapareció en la espantosa vorágine de la bancarrota, ella, adorable, me repitió cien veces:

» - ¡No te apures!.. Te quedo yo.

» Pasado algún tiempo, ella también me abandonó. Cierta mañana yo, con los ojos secos y muy abiertos, y con el corazón que se me quería partir

pasara a la portería. Ante tan inesperado espectáculo la buena Lorenza quedó petrificada y más se asombró cuando oyó que su marido le decía:

- ¿No te dije esta mañana que no era la primera vez que había visto estos ojos azules? Prepara, prepara una cena para D. Sebastián González.

- ¡Cómo!, exclamó el mendigo. ¿Me conoce usted?

- Desde hace bastantes años. Desde que usted me pagó una cena en cierto café.

- ¡Ah! Pero ¿es usted aquel pobre?

- Y ésta es mi mujer. He aquí, Lorenza, el señor a quien se lo debemos todo.

El y su señora, ya muerta, por locuras de la fortuna vinieron a menos, tan a menos, que hubieron de pedir para comer.

- ¿Mi señora doña Soledad en la miseria? ¿Y cómo no se acordó antes de morir de nuestra pobreza para compartirla? ¡Vaya, vaya!.. Siéntese, mi D. Sebastián, siéntese aquí a la lumbrecica. ¡Jesús! ¡Las vueltas que da el mundo! Voy a prepararle el condumio en un santiamén.

D. Sebastián yantó a todo su talante. El portero, viéndolo comer, se restregaba las manos de gusto, cuando no las tenía ocupadas en escanciarle un vinillo capaz de alegrar a la misma melancolía. Sin embargo, concluido el postre, D. Sebastián, aun contristado, exclamó:

- El porvenir es un espectro detrás de una máscara. Nada hay en la Naturaleza, desde el hombre hasta la brizna de hierba, que conozca cuál ha de ser su fin. La espiga puede acabar en un hormiguero o bajo los pedernales de un trillo; el grano de trigo puede pudrirse en el lomo de un surco o puede ser cuerpo de Cristo en la hostia; yo pude concluir en la opulencia y heme aquí hecho escoria del mundo...

- ¡Bah, bah!.., le interrumpió el Sr. Lucas. No hay que amargar la digestión. Durmamos ahora tranquilos y no se preocupe del mañana. Tuvimos comida y hogar por usted. Pues tenga usted estas cosas por nosotros, y en paz, salvo el agradecimiento.

Doña Soledad le dijo «siembra y recogerás», y mire usted por dónde le llega el tiempo de la cosecha.

- ¡Pobre mi doña Soledad!, añadió Lorenza. ¡Si rezáramos un padrenuestro por el descanso de su alma!

Rezaron los tres con notable recogimiento, y en tanto un ventarrón furioso galopaba sobre los entumecidos árboles del paseo...

Rezaron los tres con notable recogimiento, y en tanto un ventarrón furioso galopaba sobre los entumecidos árboles del paseo...

Rezaron los tres con notable recogimiento, y en tanto un ventarrón furioso galopaba sobre los entumecidos árboles del paseo...

Rezaron los tres con notable recogimiento, y en tanto un ventarrón furioso galopaba sobre los entumecidos árboles del paseo...

Rezaron los tres con notable recogimiento, y en tanto un ventarrón furioso galopaba sobre los entumecidos árboles del paseo...

Rezaron los tres con notable recogimiento, y en tanto un ventarrón furioso galopaba sobre los entumecidos árboles del paseo...

Rezaron los tres con notable recogimiento, y en tanto un ventarrón furioso galopaba sobre los entumecidos árboles del paseo...



Salvador Viniegra, fallecido en Madrid el 28 de abril

tras ella, seguí, saltando por el fango, los vaivenes trágicos del fúnebre furgón municipal hasta la última morada. Después la miseria más espantosa se apoderó de mí. Conoci los desvíos martirizadores de la gente, aprendí que nada disfraza tanto como la pobreza, y supe lo que era hambre... ¡Más desgraciado aún que mi compañera, ni siquiera soy todavía bueno para manjar de la muerte!..»

Terminado su relato, el mendigo permaneció unos instantes silencioso y luego suspiró hondamente. El viejo portero, perdida su serenidad, dejó que dos lágrimas se deslizaran por sus mejillas y, de repente, cogiendo al pobre de un brazo, le invitó a que



CONTRASTE, cuadro de Salvador Viniegra

LA BENDICIÓN DE LOS CAMPOS EN 1800, celebrado cuadro de Salvador Viniegra que obtuvo la medalla de primera clase en la Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid de 1887 y medallas de oro en las internacionales de Viena y Múnich de 1888



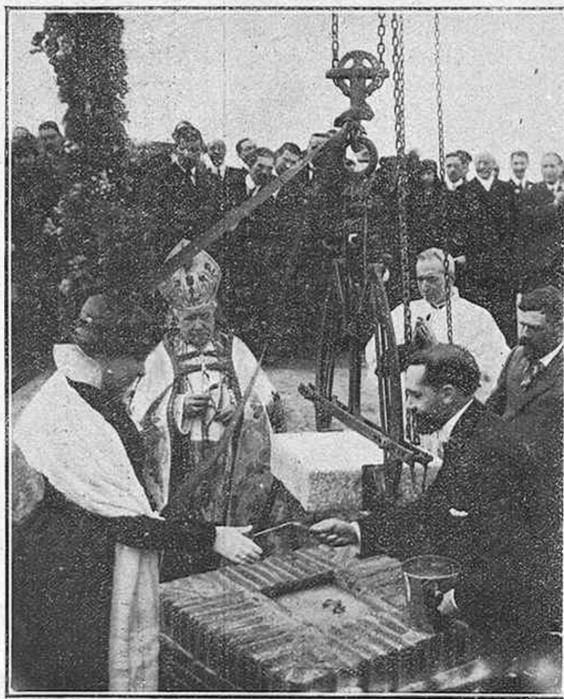
El ilustre pintor Salvador Viniegra, recientemente fallecido en Madrid, había nacido en Cádiz en 1863. Después de haber obtenido varios premios en certámenes celebrados en su ciudad natal, dióse a conocer en la Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid, de 1887, con su hermoso lienzo *La bendición de los campos en 1800*, que le valió una medalla de primera clase y le consagró como un gran pintor y que al año siguiente fué premiado con la gran medalla de oro en la Exposición Internacional de Viena y con otra medalla también de oro en la de Múnich. Pensionado en Roma por la Real Academia de San Fernando, pintó, entre otros cuadros, *Un bautizo*, que figuró con gran

éxito en la Exposición de Múnich de 1890, y *La capilla de los toreros*, que fué adquirido por el emperador de Alemania. En 1896 regresó a Madrid y poco después presentó *La romería del Rocío*, que había pintado en Roma y que le proporcionó un triunfo inmenso. Hoy figura este cuadro en el Museo de Arte Moderno.

Una de sus últimas obras ha sido *La promulgación de la Constitución de Cádiz de 1812*, que reprodujimos en el número 1606 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Actualmente era Viniegra Subdirector del Museo del Prado. Poseía la Gran Cruz de Isabel la Católica y varias condecoraciones extranjeras.



Madrid. — El incendio del Palacio de Justicia. S. M. el Rey recorriendo los alrededores del lugar del siniestro



Madrid. — S. M. la Reina Doña Victoria colocando la primera piedra del Sanatorio para Tuberculosos que ha de construirse en la Dehesa de Valdelata.

MADRID. — NOTAS DE ACTUALIDAD

Un terrible incendio ha destruido en gran parte el grandioso edificio de las Salesas en donde estaban instalados el Tribunal Supremo, la Audiencia y la iglesia particular de Santa Bárbara.



Barcelona. — Llegada del exsultán de Marruecos Muley Háfid al Parque para hacer entrega al Ayuntamiento de la elefanta por él regalada a la ciudad

Pocos minutos antes de la una advirtiéronse las primeras señales del fuego, cundiendo en seguida la alarma en todas las dependencias del Palacio, que estaban concurridísimas por ser la hora del despacho y de las vistas de la Audiencia y del Supremo. Un cuarto de hora después las llamas alcanzaban gran altura y envolvían totalmente las cuatro alas del edificio por la parte alta.

Desde los primeros momentos, el servicio de bomberos trabajó con gran aliento y con verdadero heroísmo procurando

lado destruídas. También han sido totalmente destruídas las dependencias del Tribunal Supremo, excepción hecha de la Fiscalía. Del departamento del Colegio de Abogados se han salvado la biblioteca, que es importantísima, y algunos despachos.

Del último piso nada ha quedado.

La iglesia de Santa Bárbara no ha sufrido daño alguno.

S. M. la Reina Doña Victoria ha presidido la ceremonia de



Vista de una parte del edificio después del incendio. (De fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)

atajar el siniestro; pero las proporciones de éste eran de tal magnitud que los principales esfuerzos hubieron de encaminarse a aislar el fuego y evitar que se propagase a las partes del edificio no incendiadas. En tan difícil labor ayudaron eficazmente al cuerpo de bomberos, oficiales y soldados de Ingenieros militares, la brigada topográfica, guardias civiles, obreros municipales, alumnos de la Escuela de Arquitectura y muchos soldados de distintos cuerpos de la guarnición; todos trabajaron valerosamente y muchos de ellos con gran exposición de sus vidas, gracias a lo cual pudieron ser salvadas numerosas familias de los porteros y ordenanzas de la Audiencia que habitaban en el último piso.

Después de algunas horas, se logró localizar el fuego que poco a poco fué extinguiéndose.

Todas las autoridades acudieron al lugar del siniestro, en donde se personó también S. M. el Rey, quien fué recibido por el ministro de Gracia y Justicia y dictó muy acertadas disposiciones para evitar que la aglomeración del público dificultase las operaciones de extinción y salvamento. La multitud reunida en aquellos lugares aclamó con entusiasmo al monarca.

Como consecuencia del siniestro pereció el relator de la Audiencia D. José Armada, quien permaneció en su despacho poniendo en salvo los papeles, hasta que la densa humareda hizo allí la atmósfera irrespirable; salió al fin medio asfixiado, y a los pocos momentos cayó muerto. Varios bomberos resultaron heridos.

En la planta baja, en donde estaba instalada la Audiencia, algunas salas han quedado intactas; otras han

la colocación de la primera piedra del sanatorio para tuberculosos que ha de construirse en la Dehesa de Valdelata con los fondos recaudados en las fiestas de la flor.

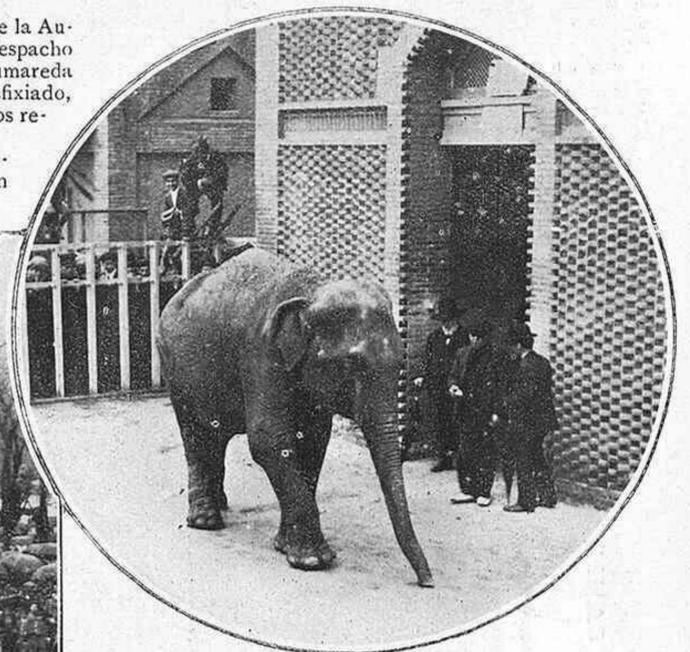
La soberana fué recibida por las autoridades, aristocráticas damas de la Junta contra la Tuberculosis y un público numerosísimo, que le tributó una ovación calurosa.

Bendecida la primera piedra por el obispo de Madrid-Alcalá, S. M. puso la primera paletada de argamasa; después pronunció un elocuente discurso el ministro de la Gobernación y acto seguido la Reina firmó el acta, que suscribieron también el ministro, el prelado y otras personalidades.

BARCELONA. — EL NUEVO ELEFANTE

DEL PARQUE

Ha quedado instalada en el Parque de esta ciudad la elefanta *Julietta*, regalo del exsultán de Marruecos Muley Háfid



La elefanta *Julietta* en su nueva vivienda del Parque (De fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)

a los niños de Barcelona, para compensarlos de la pérdida del popular *Avi*. A pesar de la lluvia, centenares de niños y un gentío inmenso acudieron a presenciar el acto de la instalación y tributaron una ovación grandiosa al generoso donante, a quien el alcalde accidental Sr. Pich agradeció en nombre de la ciudad su valioso donativo, y que luego fué obsequiado con un te en las Casas Consistoriales.

La elefanta *Julietta* es un hermoso ejemplar de su especie; tiene doce años, es mayor que su antecesor, el *Avi* y tiene la piel muy tersa. Los gastos de compra y de transporte han ascendido a 20.000 pesetas que ha satisfecho Muley Háfid, a quien puede estar muy agradecida la gente menuda de esta capital, que gracias a su desprendimiento volverá a encontrar en el Parque uno de sus atractivos predilectos.



Infantería turca descansando en las montañas del Cáucaso

LA GUERRA EUROPEA

Los hechos más importantes acaecidos en el llamado teatro de la guerra occidental, es decir, el que se extiende desde el mar del Norte hasta Alsacia, han sido, según se desprende de los partes oficiales de los aliados, la reconquista del pueblo de Lozerne y de algunas otras posiciones del territorio belga que últimamente habían perdido los ingleses y la recuperación por los franceses de la colina de Hartmannsweiler Kopf (Alsacia) que, como dijimos en la anterior crónica, había caído en poder de los alemanes. Los ingleses afirman haber hecho, aparte de los indicados, nuevos y considerables progresos en la región de Iprés, rechazando todos los ataques de los alemanes; pero éstos, a su vez, aseguran que han fracasado todas las tentativas de aquéllos para ganar el terreno perdido en Flandes, y aun desmienten la toma del pueblo de Lozerne y de la colina de Hartmannsweiler Kopf.

Y entre estas afirmaciones contradictorias es imposible hacerse cargo del verdadero alcance de los triunfos conseguidos por los ejércitos británico y francés.

La plaza de Dunkerque ha sido bombardeada por los alemanes; según versión francesa el bombardeo se ha hecho por piezas de artillería cuyo alcance ha de exceder de 32 kilómetros, dada la distancia que media entre aquella plaza y las posiciones enemigas avanzadas. Las bombas han causado numerosas víctimas y muchos destrozos materiales.

En el resto del frente no se registra ningún hecho de importancia; como de costumbre los aliados dicen haber hecho algunos progresos y rechazado los ataques de los alemanes, y éstos haber realizado avances y rechazado los ataques del enemigo.

De mucho mayor importancia son las operaciones del teatro de la guerra oriental. Los alemanes han iniciado una vigorosa ofensiva en la Rusia septentrional avanzando unos 150 kilómetros en dirección a Riga, ocupando sucesivamente las pobla-

ciones de Rossieny y Chawli, cortando una vía férrea que va de Liban a Dunaburg y obligando a los rusos a retirarse a Mitau con grandes pérdidas de hombres y material de guerra. Las últimas noticias son de que el avance prosigue con éxito.

Según las últimas noticias de Berlín y Viena los rusos han sido echados de sus avanzadas en la Polonia rusa; en la Galizia occidental las tropas germano-austro-húngaras han desalojado a los rusos de todas sus posiciones en el frente Malastow-Gorlice-Fronnik rompiendo todo el frente ruso desde la frontera rusa hasta la desembocadura del Dunajec en el Vístula; y en la región de los bosques, en los Cárpatos, han ganado terreno, ocupando las posiciones enemigas.

Los telegramas de procedencia rusa reconocen, en parte, estos éxitos de los austro-alemanes, puesto que confiesan que el enemigo avanza al Oeste del Niemen y que ha ocupado la región de Chawli. En cambio, se atribuyen victorias parciales en distintos puntos del frente, especialmente en los Cárpatos, en la región de los pasos de Uszok.

El avance de los alemanes en la Rusia septentrional, al que según parece ha ayudado la flota del Báltico, es interpretado de muy distintas maneras por los principales críticos de Francia y Rusia, pues mientras unos lo consideran como una simple *razzia*, otros creen que se trata de un movimiento envolvente para ocupar la importante plaza de Kowno, y otros opinan que es una operación encaminada únicamente a distraer fuerzas rusas de los Cárpatos.

De lo que ocurre en los Dardanelos es imposible formarse concepto, tanta contradicción existe entre las noticias de procedencia inglesa o francesa, y las de origen turco o alemán. Según las primeras, el desembarco se ha realizado con el mayor éxito habiendo las tropas aliadas avanzado considerablemente, ocupado posiciones importantes y rechazado todos los ataques enemigos con grandes pérdidas para los germano-otomanos; y

los buques de guerra apoyan con eficacia las operaciones del ejército de tierra y han reducido a silencio muchas baterías enemigas. Pero los partes oficiales de Constantinopla niegan estos éxitos y afirman que los aliados han sido dispersados en la región de Kum-Kalé, que no hay un aliado en la parte asiática de los Dardanelos, que han rechazado al enemigo en muchos puntos de la península de Galípoli, obligándole a retirarse hacia la costa para estar bajo el amparo de los cañones de sus escuadras, y que las baterías turcas han echado a pique dos torpederos y dos transportes ingleses y han causado graves averías en las acorazados *Jeanne d'Arc*, *Majestic* y *Triumph*. La noticia de estas pérdidas navales no ha sido confirmada por el Almirantazgo inglés ni por el ministerio de Marina francés, por lo cual bien pueden ser, por lo menos, puestas en duda.

Lo único que se saca en claro es que los combates son allí encarnizadosísimos y que hay muchas bajas por ambas partes.

Según informes oficiales de Berlín un submarino inglés fué echado a pique en la bahía de Helígoland.

Según comunicado del Almirantazgo inglés, en algunos combates navales trabados en el Mar del Norte, un torpedero inglés fué echado a pique por un submarino alemán y dos torpederos alemanes fueron perseguidos y hundidos por una división de contratorpederos ingleses.



Puente de ferrocarril construído en un solo día por las tropas alemanas. (De fotografías de Hofer.)

Rusos avanzando desde los bosques

Voladura de un fuerte

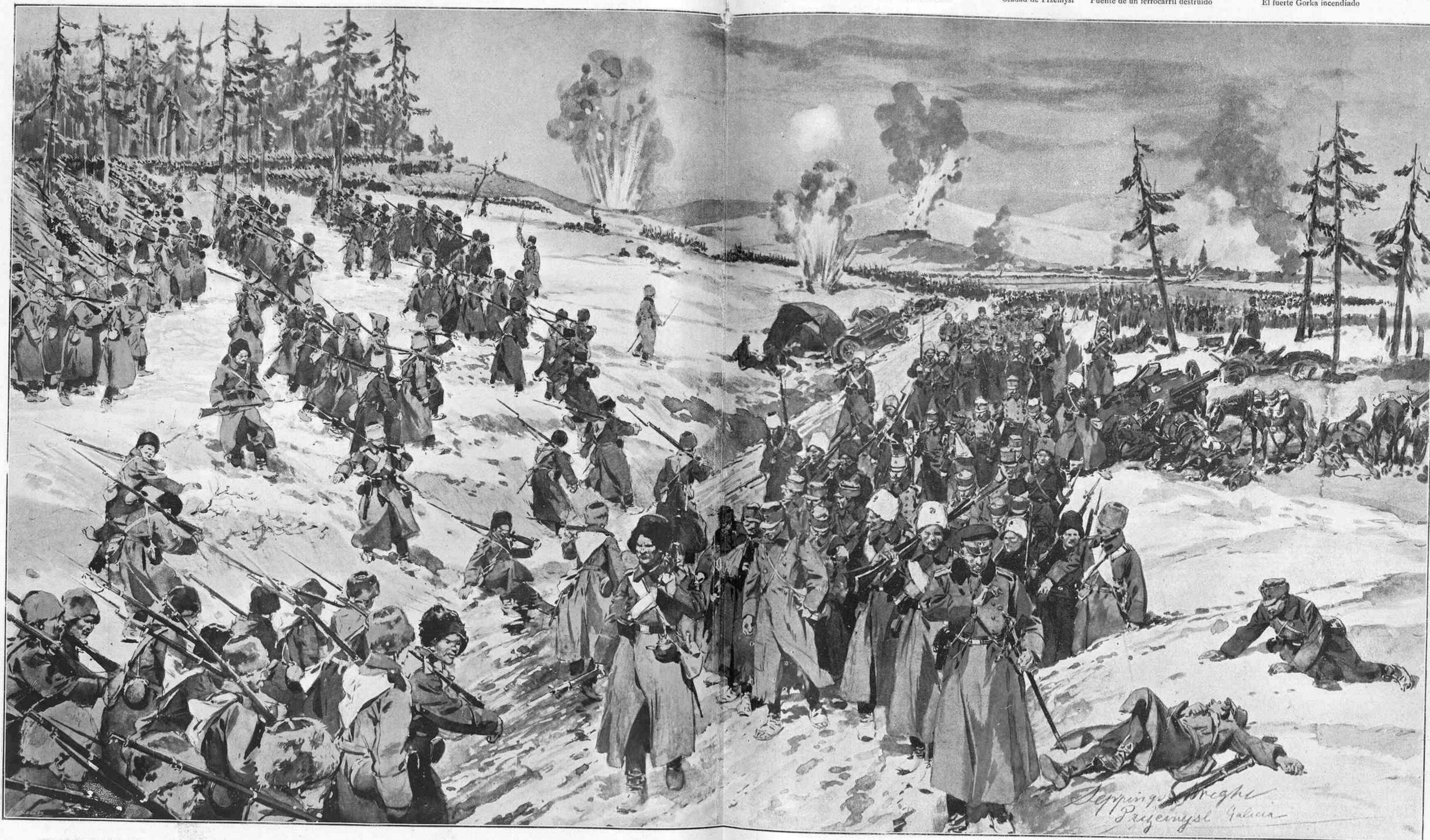
Explosión de una mina

Voladura de un fuerte

Ciudad de Przemysl

Puente de un ferrocarril destruido

El fuerte Gorka incendiado



«El sol iluminó una de las escenas más grandiosas e históricas de la guerra.» Los últimos momentos del sitio de Przemysl. Prisioneros austriacos, que, después de su última y desgraciada salida de la ciudad, vuelven a ella con las tropas rusas que avanzan hacia Przemysl

El ensordecedor estampido y las llamas deslumbradoras de gigantescas explosiones estremecieron el aire y espantaron, como un terremoto, a los sitiadores. El enemigo destruyó sus fuertes y municiones. Los austriacos habían hecho la noche anterior el último y vano esfuerzo para romper el cerco, y por la mañana el sol iluminó una de las escenas más grandiosas e históricas de la guerra: Przemysl estaba en poder de los rusos. El grabado representa a los prisioneros austriacos hechos en su última y desgraciada salida de la ciudad. Algunos soldados rusos llevan fusiles austriacos, cuya bayoneta es más corta que la rusa. En lontananza se distingue la ciudad, a la derecha. Los prisioneros austriacos, en el centro del primer término del grabado, marchan para seguir tras las tropas rusas, que avanzan por la izquierda hacia Przemysl. En último término vense algunos fuertes austriacos y un puente de ferrocarril en el momento de ser volados; el fuerte Gorka ardiendo y, hacia la izquierda, la explosión de una mina de tierra.

BARCELONA. - JUEGOS FLORALES

Con la solemnidad de costumbre celebróse el primer domingo de este mes la tradicional y poética fiesta de los Juegos Florales. La hermosa sala del *Palau de la Música Catalana*, adornado con exquisito gusto, ofrecía un aspecto brillantísimo;



D. Federico Rahola, poeta premiado con la flor natural en los Juegos Florales de Barcelona del presente año. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

una concurrencia tan numerosa como distinguida ocupaba todas las localidades.

La comitiva de autoridades, representantes de entidades y corporaciones y mantenedores hizo su entrada en el salón a los acordes de una marcha que ejecutó la banda municipal, y abierta la fiesta por el teniente de alcalde Sr. Rosés que ocupaba la presidencia, el Sr. Pin y Soler, mantenedor presidente, leyó su discurso, hermosa página literaria dedicada princi-



Madrid. La señorita Leonis en la ópera *Mirentxu*, del maestro Guridi, estrenada con gran éxito en el Teatro de la Zarzuela.

palmente a cantar y lamentar la desgraciada suerte de la nación belga en la presente guerra, a expresar sus simpatías hacia aquel noble pueblo, a ensalzar las glorias de Francia reivindicando para ella el espíritu cristiano que muchos le niegan, y a hacer votos porque Dios ponga pronto término a la actual conflagración europea.

El secretario Sr. Folch y Capdevila dió lectura a una bien escrita memoria dando cuenta de la tarea del Jurado, analizando las condiciones de los trabajos premiados y dedicando un sentido recuerdo a los escritores fallecidos durante el año.

Leído el nombre del poeta premiado con la flor natural resultó ser D. Federico Rahola quien eligió reina de la fiesta a la señorita D.^a Luisa Rahola, que pasó a ocupar el trono entre los aplausos de los concurrentes y a los acordes de la marcha de D. Juan II. El Sr. Rahola leyó su bellísima composición, titulada *Filemón y Baucis* que le valió una ovación calorosa.

Los demás premios ordinarios fueron adjudicados a Apeles Mestres y a Luis Valeri; el extraordinario, al Rdo. D. Juan Condó Samblat, y el Fastenrath a Santiago Rusiñol. Obtuvie-

ron accesits D.^a María Doménech de Casals, D. Jaime Bofill y Matas, D.^a Dolores Moncerdá de Maciá y Rdo. D. Antonio Na varro.

Terminó la fiesta con un bello discurso de gracias del mantenedor D. Oriol Martí.

MADRID. - NOTAS DE ACTUALIDAD

En el Teatro de la Zarzuela se ha estrenado con gran éxito la ópera en dos actos *Mirentxu*, del maestro Jesús Guridi, libro de Alfredo de Echave. El argumento de la obra es sencillo y sentimental, es un verdadero idilio vasco, con situaciones muy a propósito para el lucimiento del compositor. El maestro Guridi ha escrito una partitura inspiradísima, llena de sabor local, hondamente sentida, adecuada al asunto y admirablemente instrumentada, que se cantó por vez primera hace poco tiempo en Bilbao y que le ha conquistado un puesto eminente entre nuestros más celebrados compositores.

Ya el preludeo, página descriptiva de singular belleza, le valió una ovación calurosísima, que se repitió durante toda la representación y sobre todo al final, en que el público aclamó y aplaudió al maestro con verdadero entusiasmo.

Entre los números más salientes, además del citado, merecen especial mención un dúo de tiple y tenor rebosante de ter-

Toscano, la señorita Segura, y los señores Aguirre, Molinero, Messeguer, Cata y Perchicot.



Señorita Doña Luisa Rahola, reina de la fiesta de los Juegos Florales de Barcelona. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

cincuenta y siete al del marqués de Alcañices; Ramón García Vicente, cincuenta y siete al del duque de Villahermosa; Enrique Fierros, cuarenta y nueve al del duque de Fernán Núñez; José González Soto, cuarenta y siete al del duque de Sotomayor; Sebastiana Castillo, cincuenta y uno al de los mar-

En el templo de San Francisco de Borja ha celebrado recientemente la Grandeza de España una fiesta sumamente simpática, puesto que su objeto ha sido premiar a los servidores de casas aristocráticas que por su lealtad durante muchos años de servicio se han hecho acreedores a tal recompensa. A ella asistieron SS. MM. los Reyes D. Alfonso, Doña Victoria y Doña María Cristina, y SS. AA. los Infantes Doña Isabel, D. Carlos y Doña Luisa y el príncipe Kaniero.

Después de la solemne función religiosa, en la que pronunció un elocuente sermón el P. Coloma, el duque de Tamames, iniciador de la fiesta, entregó cartillas del Monte de Piedad por valor de 500 pesetas cada una a los siguientes ancianos servidores, que las recibieron emocionadísimos:

Juan Cantero Arias, sesenta y tres años al servicio de los duques de Medinaceli; Manuel Sánchez Pascual, cincuenta y siete al del marqués de Alcañices; Ramón García Vicente, cincuenta y siete al del duque de Villahermosa; Enrique Fierros, cuarenta y nueve al del duque de Fernán Núñez; José González Soto, cuarenta y siete al del duque de Sotomayor; Sebastiana Castillo, cincuenta y uno al de los mar-



Madrid. Fiesta de San Francisco de Borja, patrono de la Grandeza de España. El Excmo. Sr. duque de Tamames (x) con los servidores más antiguos de los Grandes de España a quienes se ha entregado premios en metálico por haber prestado sus servicios en una misma casa durante más de 30 años

nura y un coral de jóvenes aldeanos, de un efecto verdaderamente grandioso, del primer acto; y en el segundo el preludeo, un coro de niños, otro coro de la postulación de Santa Agueda, y el final.

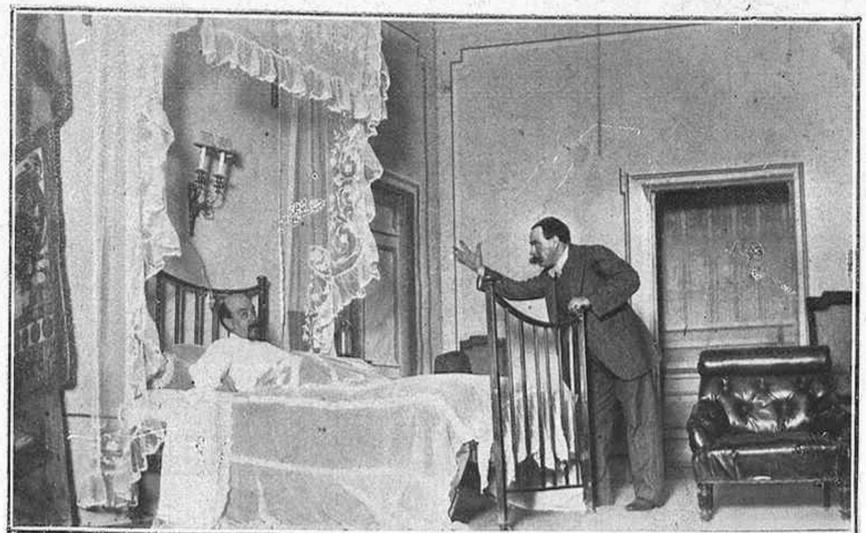
En la ejecución sobresalió la señorita Leonis que supo interpretar el papel de *Mirentxu* de una manera perfecta, expresando magistralmente toda la dulzura, toda la suavidad de su carácter y dando gran realce a su *particella*. Con ella compartieron los aplausos la Srta. Tellaeché y los Sres. Meana, Genovés, Cabasés, los niños de la Capilla Isidoriana, los coros y la orquesta, admirablemente dirigida por el maestro Luna.

El ilustre huésped, comedia de los hermanos Sres. Alvarez Quintero, estrenada con mucho éxito en el Teatro Cervantes, es una ingeniosa sátira en la que los populares autores pintan con su gracejo acostumbrado las molestias y mortificaciones que sufre un prohombre solicitado como mantenedor de unos Juegos Florales, a quien sus amigos y admiradores abruma y rinden a fuerza de obsequios y agasajos. Las escenas, los tipos, todo está admirablemente visto del natural y reproducido con gran *vis* cómica.

Del personaje de protagonista ha hecho una verdadera creación el Sr. Simó Raso, quien ha interpretado el papel de ilustre huésped sin exageraciones, con exquisita naturalidad y con gran riqueza de matices e innumerables detalles.

Secundante con mucho acierto las señoras Alba, Roca y

queses de la Habana; Tomasa Puebla, cuarenta y tres al de los marqueses de Comillas; Victorina Maisonave, cuarenta y uno al de los condes de Orgaz; Celestino Orbeagozo, treinta y nueve al de los marqueses de Miraflores; y Encarnación Gago, treinta y ocho al de los marqueses de Hoyos.



Madrid. - Una escena de *El ilustre huésped*, comedia de los hermanos Alvarez Quintero estrenada con gran éxito en el Teatro Cervantes. (Fots. de nuestro reportero J. Vidal.)

Los agraciados fueron felicitados por SS. MM. y AA. y por todos los concurrentes a aquel acto tan solemne y connotador.

Muchas felicitaciones recibieron también el duque de Tamames y los demás organizadores de la fiesta.

LA ROCA DEL HOMBRE MUERTO

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS POR Q. - ILUSTRACIONES DE VICENTE CARRERES. (CONTINUACIÓN.)



A corta distancia de mí hallábase Simón Colliver

»Mientras contemplaba el espectáculo, el color obscuro de la tierra comenzó a tomar un tinte gris pálido, y muy poco después pude ver una larga y estrecha lengua, cuya forma se asemejaba a la de esos escudos que figuran en las láminas de la Biblia, y cuya parte media se elevaba en el centro. Poco después salió el sol y como por arte de magia, aquella figura de escudo tomó la de una costa festoneada de palmeras, que ascendía en forma de suaves pendientes, cubiertas de verdor, hasta una serie de majestuosas montañas. Sobre éstas se habían acumula-

do algunas ligeras nubes, pero el mar y la costa estaban radiantes. Tan clara era la atmósfera, que pude distinguir la arena rojiza de las playas, y los plateados troncos de las palmeras: delante de nosotros elevábase Colombo, con sus blancas casas de alegre aspecto.

»Ya estaba el sol muy alto cuando el práctico subió a bordo, y al entrar nuestro buque en el puerto reinaba ya en la ciudad el silencio de la tarde. Acabábamos de anclar, y yo reflexionaba sobre lo que debería hacer primero, cuando oí pronunciar mi

nombre, pareciéndome que me llamaban desde abajo. Al volver la cabeza, vi un caballero de elevada estatura sentado en un bote, contestéle, y un momento después el extranjero subió a cubierta, y díjome que era el Sr. Eversleigh, a quien me había recomendado mi amigo Sanderson. Yo ignoraba que la bondad de éste hubiese llegado hasta el punto de disponer que se me tuviese preparado un alojamiento en Colombo. Entonces recordé también que mi protector me había dicho, al hacerle mi primera visita, que debía enviar a mi esposa las señas de aquel

caballero, a fin de que su carta llegase a mi poder con toda seguridad; y el Sr. Eversleigh, estrechándome la mano, entregóme la carta que yo esperaba.

»Inútilmente buscaría frases para expresar el alborozo con que leí la ansiada misiva de mi mujer, mientras que el bote me conducía al muelle. ¡Cuán a menudo, en los largos días de mi convalecencia, me había preguntado, querida esposa, qué haríais tú y Jasper durante mi largo viaje! Y siempre me contestaba que era preciso tener un poco de paciencia, pues ya faltaba poco para cumplir mi cometido.

»Se me olvidaba hablar de Colliver. Se ha mostrado más contento e indiferente aun que otras veces, y, a decir verdad, no he observado en él nada que confirme las sospechas del Sr. Sanderson. En la confusión del desembarque desapareció, y no tuve oportunidad de preguntarle cuáles eran sus planes. Sin duda volveré a verle dentro de un día o dos.

»Diciembre, 10. — ¡Qué extraordinario país es Ceilán! La monzón está entre nosotros, y entorpece mi viaje, pues el Sr. Eversleigh me aconseja no marchar hasta dentro de algunas semanas. Ha prometido acompañarme a la montaña si puedo esperar; pero la suspensión es para mí casi intolerable. Entretanto procuro distraerme en la contemplación de las maravillas de Colombo: los singulares nombres de las tiendas, los curiosos vestidos blancos y rojos, los sacerdotes con su ropaje amarillo; y sobre todo la belleza del país, son cosas que me llaman mucho la atención. El suelo de los caminos tiene un color rojo muy extraño, y en una extensión de varias millas, todo está cubierto de los más soberbios árboles que en mi vida he visto, bambús, palmeras, y otros cuyo nombre no me es conocido, pero que están cuajados de flores encarnadas y amarillas. Veo una larga extensión de arrozales, y, a intervalos, algún estanque a orillas del camino...; pero no puedo detenerme ahora a describirlo todo. Lo que más me maravilla es la monzón, que muge en todo el país, acompañada de relámpagos, cuyo reflejo comunica al cielo, a la tierra y al mar, el más vívido color como si estuviese iluminado por las llamas. Este viento es muy seco, y me explico que todas las ventanas estén herméticamente cerradas de noche; pero aunque la monzón no soplara, la medida sería indispensable para librarse de la plaga de mosquitos que todo lo infesta. No he vuelto a ver a Colliver ni a Railton.

»Diciembre, 31. — Es la víspera de año nuevo; y confío que será para mí y los míos la aurora de mejores días. El Sr. Eversleigh me describió anoche el pico de Adam, y a juzgar por lo que dice, ésta es verdaderamente una montaña maravillosa: no encuentro palabras para expresar el efecto que en mí produce. Hoy la he contemplado largo rato, elevándose solitaria y majestuosa desde las colinas bajas que la rodean; a sus pies ondulaba un verdadero mar de verde bosque, y al rededor de su cima vi algunas nubes casi negras, cargadas al parecer de electricidad. El Sr. Eversleigh me dice que los naturales rinden culto a esa montaña, que es visitada por miles de peregrinos; y yo sueño en ella; día y noche llena mi vida por completo, e infúndeme a la vez indecible terror. No soy por naturaleza tímido; pero me inquieta verme obligado a esperar un día y otro, y no saber de una vez si deben realizarse mis esperanzas.

»Ahora echo de ver que nada he dicho sobre la casa en que estoy alojado. Hállase situada en el arrabal de Kólpetty, en medio de magníficos jardines, y llámase el Bungalao azul, a causa de su color. Con el Sr. Eversleigh he ido varias veces a visitar una laguna. Mas para mí, lo más bello del país es el gran Pico. No puedo resistir más esta inercia. Colliver ha desaparecido, o por lo menos, no he vuelto a verle.

»Enero, 25, 1849. — No he tenido humor en estos últimos días para escribir nada en mi *Diario*; pero mañana emprendo el viaje para ir al Pico de Adam. En el último instante, mi patrón dice que no puede acompañarme, a pesar de sus grandes deseos de visitar la montaña; pero dos de sus criados me servirán de guías. Desde Colombo al pico hay una distancia de sesenta millas; de modo que dentro de cuatro días espero poner mi mano sobre el tesoro. No conozco los nombres de los indígenas que me acompañan; mas por consejo del Sr. Eversleigh, los llamaré Pedro y Pablo, lo cual me será más fácil que recordar los suyos propios. Se me asegura que estos dos naturales son dignos de toda confianza, y que han visitado ya el pico. Llevamos muy poco equipo, además del alimento necesario, y mi patrón me ha dejado una carabina.

»Febrero, 1.º. — Ha terminado mi viaje al pico, y ahora voy a dar cuenta de mi aventura lo más concisamente que me sea posible. Salimos de Colombo en la mañana del 26 de enero. En la primera parte de nuestro viaje, el camino se prolongaba a lo largo

de la costa, extendiéndose a través de arrozales pantanosos e interminables avenidas de cocoteros, hasta que se llega a Ratnapura. Hasta aquí, el paisaje no había diferido mucho del de Colombo; pero después pude contemplar las verdaderas maravillas de aquel país. El camino se elevaba casi continuamente por angostos senderos, casi impracticables en algunos sitios a causa de las copiosas lluvias; mas Pedro y Pablo trabajaron mucho para que no perdiéramos tiempo. No estábamos muy lejos de Ratnapura, cuando llegamos a un bosque tan espeso e intrincado, que a duras penas penetraba en él la luz del día; a un lado y otro veíanse barrancos profundos, o árboles gigantes perdidos en la sombra; y allí donde podían abrirse paso los rayos del sol, miles de brillantes insectos cruzaban los aires, mariposas amarillas dragones de color de fuego, y otras muchas especies cuyos nombres no conozco. En la sombra pululaban entre el ramaje de los árboles loros de plumaje verde, y algunos cuervos; y a veces encontrábamos algún ave del Paraíso, con sus largas colas pendientes entre el follaje. Un poco más lejos, en la profundidad del bosque, oía el continuo *tap-tap* del pica-maderas, y el chasquido peculiar del tucán, llegando a intervalos a nuestros oídos el grito ronco del elefante. Una vez espantamos a un leopardo, que después de mirarnos un instante con ardientes ojos, desapareció de un salto en la espesura.

»El camino que seguíamos comenzó a flanquear muy pronto un torrente, y en ciertos sitios elevábase alguna roca estupenda. Acá y allá vi ruinas de alguna antigua construcción, con restos de graciosas columnas que las plantas trepadoras habían invadido; y en los puntos donde el bosque se interrumpía, siguiéndose algún claro, los guías me señalaban a veces los restos de una ciudad muerta, cuyo aspecto desolado me infundía profunda tristeza. Aunque yo no conocía nada de las antiguas glorias de Ceilán, mi alma se llenaba de melancolía al pasar por delante de aquellos restos ruinosos, mudos testigos de las generaciones pasadas. Una exuberante vegetación lo invadía todo rápidamente, ocultando las obras de hombres que en otro tiempo fueron quizás grandes artistas.

»Seguíamos subiendo siempre, y quedé admirado al ver en cierto sitio una multitud de monos, que saltando en los árboles de rama en rama, comenzaron a gritar apenas nos divisaron. En cierta ocasión espantamos una serpiente, que irguió la cabeza silbando, deslizándose después en un agujero; y cerca de aquel sitio casi pisé otra, que me llamó la atención por su color blanco plateado. Mis guías y yo no hablábamos apenas, porque la grandiosidad del paisaje nos hacía enmudecer, tanto que apenas pensé en servirme de mi carabina en aquellos parajes, donde el hombre parecía tan pequeño y tan fuera de lugar.

»A pesar de los obstáculos que encontrábamos a veces, tales como caudalosos arroyos, difíciles de vadear en aquella estación; profundos barrancos y moles pedregosas, no dejamos de avanzar bastante. Por la mañana, poco después de salir de Ratnapura, habíamos pasado por delante de una caravana de peregrinos, todos ellos vestidos de blanco; pero después no vimos más ser humano que un pobre anciano sacerdote en una casita de reposo, ya ruinosa, donde nos detuvimos para tomar algún alimento. Gracias a la sombra del bosque éranos permitido proseguir nuestra marcha durante el día, a pesar del sofocante calor. Mi afán por llegar cuanto antes hubiera sido suficiente para impulsarme, aunque mis guías hubiesen opuesto alguna dificultad; pero los dos eran hombres vigorosos, y podían resistir mejor que yo. En su consecuencia, apenas hicimos alto alguna vez hasta que llegamos, a la hora de ponerse el sol, a la Diabette, punto situado casi a los pies del cono.

»Fué forzoso pasar la noche en el *Ambulam*, especie de albergue ruinoso, conocido con este nombre; y allí, rendido de cansancio, pero sin sueño, me eché para reposar algunas horas, durante las cuales contemplé las innumerables estrellas que coronaban el soberbio pico; invisible al principio en la obscuridad, pero que el astro de la noche iluminó después con su luz clara y radiante, sin comparación, según me han dicho, con la que produce en otros países. Tanto es así, que aquella noche pude leer de nuevo el manuscrito de mi padre a fin de no olvidar ningún detalle.

»Al cabo de unas dos horas, según me pareció, Pedro, sacudiéndome por el brazo, me dijo que ya era tiempo de proseguir la marcha, si quería ver la salida del sol desde la cima de la montaña. La luz de la luna iluminaba aún el paisaje, y ya no nos faltaba recorrer más que un espacio de tres millas. Vadeamos un arroyo, cuyas aguas bañaban una roca,

formando graciosas cascadas, y después de haber cruzado una reducida extensión de bosque muy obscuro, seguimos un estrecho sendero, cada vez más empinado y escabroso.

»Al fin mis guías creyeron conveniente encender sus hachas de viento, cuyo resplandor producía fantásticas sombras en la pared de roca. Tan estrecho era el paso, que apenas podían ir dos hombres de frente; pero jamás he visto tan rica vegetación como la de aquel paraje. Pedro iba delante; yo le seguía de cerca; y a intervalos oíamos el golpe seco de alguna piedra que caía rodando a las profundidades; esto era lo único que interrumpía el profundo silencio de aquella región.

»De pronto comenzó a soplar una fuerte brisa que nos hacía estremecer de frío; y fué necesario trepar con todo nuestro vigor, porque la pendiente comenzaba a ser más rápida; ya dejábamos atrás la vegetación, y frente a nosotros destacábase la roca pelada que forma el Pico actual. Al llegar a un pie, Pedro hizo alto, señalándome la primera línea de colinas. Yo estaba ya rendido, y parecíame que la cabeza me daba vueltas; mas haciendo un esfuerzo supremo, seguí a Pedro, y llegado al punto que él me señalaba, me senté al fin para descansar.

»Muy poco faltaba ya para que amaneciese, y al ponerme en pie de nuevo, recordé que en medio de la espesura en que íbamos a penetrar estaba el árbol de siete ramas que debía tomar por guía; mas era difícil verle a la luz de la vacilante llama de las hachas, que alteraba todas las formas, y por lo tanto era preciso esperar la claridad del día. De todos modos, estaba resuelto a escalar la cumbre antes de dar principio a mis pesquisas.

»Nos internábamos en una espesura de rododendros, cuyas flores encarnadas producían singular efecto al reflejarse en ellas la luz de las hachas, y yo iba muy distraído en mis pensamientos, cuando de pronto cedió el suelo bajo mis pies y caí hacia delante; pero los dos guías acudieron al punto y levantáronme.

»— No es nada, dijo Pedro; pero más vale que no haya ocutrido esto en algún otro sitio. De todos modos, no se descuide usted de mirar dónde pone el pie. ¿Qué tiene usted ahora?..

»Inútil era que preguntase, pues yo estaba absorto, porque en frente de mí elevábase un enorme tronco dividido en siete brazos, cuyas ramas volvían a reunirse más arriba, desapareciendo en una masa de follaje: era el árbol indicado en el manuscrito.

»El pergamino, pues, no mentía; aquél era el árbol que no podía confundirse con los demás; y a treinta y dos pasos del sitio donde entonces me hallaba debía encontrar la llave del tesoro que tantas fatigas me costaba alcanzar. Sin embargo, aun no era tiempo de comenzar la pesquisa; a la luz del sol, y completamente solo debía explorar el secreto, y conveníame esperar algunas horas más. Fijé en mi memoria bien la posición del árbol, y di la orden de avanzar.

»Continuamos subiendo por el mismo orden de antes, y yo conté los pasos, para asegurarme más, hasta que llegué a la segunda línea de colinas. Comenzaba a experimentar un dolor sordo en el pie, y precisamente en aquel momento estábamos en lo peor de la ascensión. Al rededor de nosotros todo era obscuridad espantosa, que a mi modo de ver debía conducir a ilimitadas profundidades; y en frente de nosotros elevábase la roca casi perpendicular. Causaba irresistible vértigo y fascinación mirar hacia abajo; pero no podíamos detenernos, pues Pedro gritaba de continuo ¡adelante, adelante! Y cogiéndonos a la saliente de roca, jadeantes, con las manos laceradas ya, y tirantes los músculos, acabamos de trepar el corto espacio que nos faltaba, y me senté, exhausto y sin aliento, en la cima del Pico, mientras que mis guías gritaban ¡*Saadú, saadú!*

»Cuando me hube recobrado un poco eché de ver que me hallaba al pie del monumento funerario consagrado a Budha, circuido de una pared baja de piedra; y a la distancia de dos varas vi también la diminuta choza donde viven los guardianes. El sol avanzaba en su carrera, y una línea de fuego anunciábame que iba a brillar por fin. Los guardianes se dispusieron a recibir a los primeros peregrinos, y como Pablo me condujera al borde del parapeto, pude ver muy abajo la luz de las hachas de los que se acercaban; algunos peregrinos habían llegado antes que nosotros, y como no tenían abrigo alguno, tiritaban de frío.

»Muy pronto oyéronse los sonidos lejanos de un canto monótono, cuyas notas llegaban hasta nosotros en alas de la brisa, percibiéndose cada vez con más claridad. Al fin apareció el primer peregrino, apagó su hacha, e inclinóse ante el monumento; otros siguieron después, practicaron la misma opera-

ción, y muy pronto se llenó aquel recinto de adoradores, cuyas miradas se fijaban en el Este, donde los sonrosados colores de la aurora eran cada vez más vívidos.

»Cuando el astro rey iluminó al fin todo el horizonte, las cabezas de aquellos hombres se inclinaron como para adorarle, y todos los labios pronunciaron la palabra ¡Saadú, saadú! Yo era el único europeo que allí había, y de tal modo me dominó el fervor de aquella multitud, que no pude menos de inclinar también la cabeza, y de levantar mis manos, como los demás lo hacían. Los peregrinos, con su blanco traje, ofrecían en aquel momento un espectáculo magnífico, que jamás olvidaré.

»Mientras contemplaba tan extraña escena, Pedro me tiró de la manga, señalándome con la mano el Oeste; miré en esta dirección, y todas las maravillas que hasta entonces había contemplado parecieronme poca cosa en comparación de lo que veía, porque allí, sin ser notado de la multitud, elevábase otro pico, casi oculto entre las sombras; parecía desafiar al cielo, y destacábase majestuoso, ofreciendo un espectáculo sublime, que me hizo enmudecer de admiración.

»El sol había alcanzado ya bastante altura, y el último peregrino abandonaba ya la cima. El dolor de mi pie era más agudo, y en su consecuencia di la orden de volver. A los pocos pasos comprendí que el descenso sería bastante peligroso: pero los guías prometieron tener todo el cuidado posible para evitar un percance.

»No podría decir cómo llegamos abajo; mas al fin, después de infinitos esfuerzos, nos hallábamos al pie de la roca, cerca del bosque de rododendros. Una vez allí, con gran asombro de mis guías, que me creyeron loco, dispuse que fueran a esperarme a cierto sitio, donde pudieran oír mi voz, previniéndoles que deseaba permanecer allí solo hasta que yo los llamase.

»Como era de suponer, protestaron, pero insistí con firmeza, y al fin obedecieron. Yo me senté hasta que ya no les vi.

»Poco después, levantéme y comencé a contar los pasos, aunque esto era casi inútil, pues el árbol se distinguía muy bien entre todos los demás, y muy pronto le vi, rodeado de enormes rododendros en flor; no se asemejaba en nada a ninguno de los demás, y era de una especie desconocida para mí. Sus raíces, en parte desnudas, trazaban singulares vueltas y revueltas, y sobre ellas extendíanse los siete troncos cubiertos de plantas trepadoras, uniéndose después a unos cuatro pies de altura. El follaje, de un color verde oscuro lustroso, era singularmente espeso, y calculé que la cima del árbol estaba a unas veinte varas de altura.

»Tomando mi posición, partí del lado izquierdo de la estrecha senda, en ángulo recto con ella. La espesura me molestó mucho, y una vez debí abrirme camino a través de un enorme rododendro; después conté treinta y dos pasos y me detuve...

»Debía haber algún equivocado: mi padre hablaba de una piedra que tenía la figura de una cabeza de hombre, mas al mirar a mi alrededor no vi nada. Di algunos pasos más a la derecha, y otros tantos a la izquierda; luego retrocedí, y dirigíme de nuevo hacia el árbol para ver si ocultaba algo, acabando por buscar el sendero para tomar mis medidas otra vez.

»Ya comenzaba a desesperar, cuando de pronto me ocurrió una idea. El pergamino decía: en ángulo recto con la orilla izquierda del sendero. Yo había partido de aquel lado, pero bajando de la montaña, siendo así que el explorador debía ascender. Riéndome casi de mi torpeza, comencé de nuevo.

»Colocándome de frente, puse mi compás a un ángulo de 90 grados y comencé a contar de nuevo. Mi corazón latía apresuradamente, y estaba tan excitado que me estremecía a cada momento. Ahora me sería más fácil seguir la línea, aunque la espesura de rododendros me cerraba el paso a veces; pero la abrí con mi cuchillo, y medí treinta y dos pasos, deteniéndome entonces.

»Delante de mí veíase un espacio cubierto de yerba y sin maleza; mas no encontré la menor señal de piedra, ni nada que se asemejase a lo que yo buscaba.

»Entonces comencé a dudar, y hasta creí que las palabras de mi padre serían una pesada broma; gruesas gotas de sudor caían de mi frente, y dejéme llevar de la desesperación. Durante algunos momentos batí la espesura a derecha e izquierda, sin encontrar indicio alguno, y al fin dejéme caer en tierra, sin aliento. ¿Y había abandonado yo mi esposa y mi hijo, emprendiendo un largo viaje, para obtener semejante resultado? ¿Era éste el tesoro por el cual había forjado yo tantas ilusiones? ¡Qué estúpido ha-

bía sido! Al hacer estas reflexiones, maldije mi locura y hasta la hora en que nació. El secreto, si existía alguno, y si no era todo un engaño, estaría sin duda en el silencioso Pico.

»Casi lloré de rabia, y hubiera querido morir en aquel momento; pero poco a poco calmóse mi cólera; sentéme para reflexionar, y al cabo de un rato pensé que tal vez me habría equivocado en mi primera dirección. Las instrucciones eran precisas, y habíase confirmado respecto al árbol. Sin duda el autor del manuscrito había explorado aquellos parajes, y a decir verdad, como un engaño no podía reportarle ningún beneficio, no debía dudarse de lo que decía.

»Volví a coger el pergamino, leílo otra vez, y púsememe en pie, recobrando mi energía. Ya iba a comenzar de nuevo mis pesquisas, cuando de pronto fijóse mi atención en un matorral que estaba a mi izquierda, y cuya forma me pareció algo extraña. Acerquéme, e introduje con indiferencia mi bastón entre el ramaje, pero muy pronto su extremidad chocó con un cuerpo duro, como piedra...

»Al momento comencé a trabajar con mi cuchillo, cortando o desgarrando las ramas, algunas de las cuales eran bastante gruesas; mis manos se ensangrentaron; pero tal era la violencia de mi impulso, que nada podía contenerle, hasta que al fin dejé en descubierto la piedra en todos sus contornos.

»Pero al mirarla retrocedí, poseído de un sentimiento de horror: de unos cinco pies de altura, y toscamente labrada, representaba una cabeza de hombre como de cincuenta años; mas el rostro fué lo que me infundió pavor, y jamás olvidaré la expresión diabólica de aquellas facciones de piedra. Si el artista se había propuesto comunicar a la fisonomía algo maligno y odioso, lo consiguió completamente, pues hasta las blancas pupilas indicaban malevolencia. En aquel conjunto, cada línea, cada golpe del cincel era horrible y fatídico.

»Tal fué mi repulsión ante aquella cabeza, que yo había despojado de su cubierta de follaje que sin duda la ocultaba hacia muchos años, que durante algunos minutos no me atreví a tocarla. El cuello encajaba en una especie de zócalo fijo en tierra, y único pedestal de la monstruosa cabeza; pero al punto comprendí que no se necesitaría toda la fuerza de un hombre para hacerla saltar de su sitio. Hice un esfuerzo para vencer mi repugnancia, apoyé en ella las manos, y por un vigoroso impulso la desprendí del zócalo y rodó en la espesura.

»El hueco que había debajo tendría unos cuatro pies de profundidad, y estrechábase hacia el fondo; introduje el brazo, y lo primero que saqué fué una tibia humana. Su contacto me horrorizó; pero ya nada podía contener mi afán de explorador y arrojé el hueso lejos de mí.

»Pero aun había más, pues muy pronto encontré otros dos o tres, y cerca del fondo dos cráneos casi juntos, aunque el pergamino no hablaba más que de uno. Sin embargo, no estaba yo para entrar en consideraciones; lo que yo buscaba era el secreto, y al sacar el segundo cráneo, vi brillar debajo alguna cosa; puse encima la mano y saqué una hebilla de oro.

»Se componía de dos piezas, sujeta cada cual en un cinturón de tela, corroído ya; sus dimensiones eran de tres pulgadas de longitud por dos de anchura, y en su cara interna vi grabados toscamente algunos caracteres de estilo inglés muy tosco. Fuera de esta hebilla y de los dos cráneos, nada más había en el hueco; pero tampoco buscaba yo más. En mis manos tenía el secreto del Gran Rubí de Ceilán, el secreto de una inmensa riqueza, tal vez incalculable.

»Olvidando mis guías, sin acordarme del tiempo que pasaba, y fija mi atención en la hebilla de oro, sentéme en el borde del hueco y comencé a descifrar la escritura, lo cual no me ofreció gran dificultad: era la indicación del sitio donde se debía buscar, pero sin precisarle con toda exactitud. Tal vez se hallase el tesoro cerca de la cabeza de piedra, y ya iba a continuar mi exploración, cuando pensé otra vez en el pergamino; le saqué de mi bolsillo y volví a leer... *debajo de esa piedra está el secreto del Gran Rubí, y aun no todo, porque lo demás se halla grabado en la Llave que ya se te había confiado. He tomado estas precauciones para que nadie pueda sorprender el secreto, sino aquel a quien corresponda...*

»Ahora bien, el testamento de mi padre prevenía terminantemente bajo pena de maldición, que la citada llave no se moviera de su sitio hasta que el Trenoweth que fuese a buscar el tesoro, hubiera traspasado el umbral de la casa de Lantrig después de regresar de su viaje. En su consecuencia, el Rubí no estaba enterrado en el Pico de Adam, pues hubiera sido muy enojoso hacer otro viaje para coger la lla-

ve; y por lo tanto, también, la hebilla de oro no tenía valor alguno sino para aquel que conociera las instrucciones de mi padre. Aunque el Gran Rubí no estuviese en mis manos, me pertenecía, y comenzaba a guardar la hebilla con el pergamino para ir a reunirme con mis guías, cuando ocurrió un incidente muy curioso.

»El sol había alcanzado gran altura en el cielo mientras yo me entregaba a mis pesquisas, e inundaba de luz el sitio donde yo me hallaba; en mi excitación no vi cosa alguna, ni noté tampoco que el calor era insoportable; mas al arrollar mi pergamino parecióme ver una sombra, y levanté la cabeza para mirar.

»A corta distancia de mí hallábase Simón Colliver.

»Me miraba fijamente, con una sonrisa singular, que se pronunció más cuando nuestras miradas se cruzaron. No me era posible calcular cuánto tiempo había estado allí; pero lo extraño del encuentro en tal sitio, y la ocupación en que acababa de sorprenderme, descomposieronme un poco. Guardé presuroso la hebilla y el pergamino en mi bolsillo, y púsememe en pie, no sin recordar en aquel momento las advertencias de Sanderson.

»Por espacio de un minuto nos miramos sin pronunciar palabra; Colliver sonreía como en los primeros días que nos conocimos, y la mirada de sus oscuros ojos estaba fija en mí.

»Al fin soltó una ruidosa carcajada, y díjome, moviendo la cabeza:

»— ¡No deja de ser curioso este encuentro! Parece providencial que hayamos de encontrarnos en todas partes.

»Yo hice una señal afirmativa.

»— También es extraño, añadió, que los dos hayamos tenido la idea de escalar esta montaña, pues según me han dicho, muy pocos europeos lo hacen. Yo voy a subir ahora. ¿Quiere usted acompañarme?.. ¿No?.. Sin duda prefiere bajar tranquilamente, a juzgar por la ocupación que le entretenía.

»¿Se burlaba aquel hombre de mí, o no sospechaba cosa alguna? Su voz era dulce y agradable como siempre, y no pude reconocer en su tono la menor ironía; pero estaba prevenido.

»— En este pico parecen estar diseminadas las obras de los bárbaros, continuó, y sin duda el espectáculo le agrada mucho a usted, y en este caso le felicito. Pero ¿qué calaveras son ésas... y esa cabeza tan monstruosa? A fe mía, Trenoweth, díriase que ha desenterrado usted algún tesoro... Curioso sitio es éste para venir a cazar estatuas; pero esa cabeza tiene un aspecto sumamente desagradable.

»Colliver se había adelantado para mirar mejor el objeto de que hablaba, y que había caído de modo que parecía mirar al cielo con sus blancas y espantosas pupilas.

»— ¡Diablo!, exclamó Colliver, díriase que el artista que esculpió esta cabeza tuvo mis facciones por modelo, y añadiré que no me hizo mucho favor... ¿No ve usted la semejanza?

»Era la pura verdad; aquellas facciones repulsivas eran simplemente una copia de las de Colliver, y al retroceder un paso, poseído del mayor asombro, parecióme más y más maravilloso no haber notado antes la semejanza. A decir verdad, el artista había exagerado las facciones, para producir en más alto grado su maligna expresión; pero aquélla cara era la de Colliver. Nadie hubiera podido decir que éste tenía un físico agradable; pero en un principio, el hombre me fué simpático. Sin embargo, en aquel momento, la expresión de odio de aquel rostro de piedra parecía haberse reflejado en las facciones de Colliver.

»Apoyándome en un árbol, paséme la mano por la frente como para desvanecer un horrible sueño; pero no era ilusión, y cuando Colliver se volvió para hablarme de nuevo, su expresión me reveló todas las malas pasiones y la perversidad grabadas en las facciones de piedra.

»— Vamos, continuó Colliver, otras cosas más extrañas han sucedido, aunque no muchas. Parece que está usted disgustado, amigo Trenoweth; pero seguramente, yo debería estarlo más. Pienso que lleva usted demasiado lejos su celo de anticuario, y que no es muy caritativo desenterrar esos pobres restos para dejarlos ahí blanqueándose bajo los rayos de un sol tropical, por más que sea en interés de la ciencia.

»Así diciendo, Colliver se arrodilló, y recogiendo respetuosamente los huesos arrojados por mí, volviólos a colocar en la tumba, y tapó el agujero con follaje y tierra.

»Terminada esta operación, levantóse y se volvió hacia mí.

(Se continuará.)

MADRID. - LA FIESTA DEL SAINETE. (Fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)



Artistas de los principales teatros de Madrid que, vestidas de chisperos y majas, entregaban flores, en el vestíbulo del Teatro de Apolo, a las damas que concurrieron a la fiesta

Prado y Enrique Chicote; al final, todas las actrices del Teatro Cómico cantaron un coro de la zarzuela *La última película*. Representóse luego un sainete de Antonio Casero, *Consolar al triste*, de asunto hábilmente desarrollado, dialogado con mucho ingenio y sembrado de chistes. Una viuda recalcitrante



Una escena del sainete *La afición*, original de D. Antonio Ramos Martín, representado por la compañía del Teatro Cervantes.

Con el mismo brillante éxito de los años anteriores se ha celebrado en el Teatro de Apolo, organizada por la Asociación de la Prensa, la Fiesta del Sainete.

Todo el teatro, desde la entrada, estaba adornado con profusión de flores y plantas naturales, ofreciendo un aspecto pintoresco de verdadera elegancia; y en el interior de la sala los antepechos de los palcos ostentaban magníficos mantones de Manila y guirnalda artísticamente combinados, formando un conjunto del gusto más exquisito.

Antes de comenzar el espectáculo, las artistas que habían de tomar parte en él, vestidas de chisperos y de majas, obsequiaban con preciosos ramos a las señoras que acudían a la fiesta, a la que asistieron SS. AA. las Infantas Doña Isabel y Doña Luisa, la duquesa de Talavera y el Infante D. Fernando, y multitud de familias de la alta aristocracia.

Comenzó la función con el estreno del prólogo de una comedia de Martínez Sierra, el gran conocedor del alma femenina, titulada *Mujeres*, que el año que viene se representará en el Teatro de Lara. Es un interesante estudio feminista que interpretó perfectamente la señora Bárcena, muy bien secundada por las señoras Sánchez Ariño y Alverá, las señoritas Pardo, Moneró, Seco y Herrero, y los Sres. Zaragoza y Collado.

llora la muerte de su quinto esposo y recibe las naturales visitas de pésame de los vecinos, que tratan de confortar su ánimo; no tarda, sin embargo, en consolarse aceptando un nuevo pretendiente que se dispone a ser su sexto marido. Es un verdadero acierto de observación, y el final constituye una nota muy bien sentida. La ejecución de esta obra proporcionó grandes aplausos a su autor y a los actores de Lara señoras Alba (Leocadia), Moneró, Alverá, Illescas, Seco, Atienza y Herrero, y Sres. Isbert, Mora, Mihura y Tordesillas.

La compañía del Teatro Cervantes puso después en escena el sainete en dos cuadros de Antonio Ramos Martín titulado *La afición*, que es una sátira contra la tauromanía del pueblo y está escrito con sumo gracejo. El argumento se reduce a las tretas a que recurre un modesto matrimonio, apasionadísimo por los toros, para agenciarse dinero con que adquirir las entradas para una gran corrida; cuando ya parece que van a conseguir su objeto, se quedan sin lograrlo. Irene Alba y Simó Raso bordaron, como vulgarmente se dice, sus papeles, habiéndolos secundado con mucho acierto los Sres. Molinero e Hidalgo.



Parejas que cantaron y bailaron la *Tirana del Trípoli*



Artistas de Lara que representaron *Consolar al triste*, sainete de D. Antonio Casero. - Pasacalle de *Fan y Toros* ejecutado por todos los artistas que tomaron parte en la Fiesta del Sainete



A continuación estrenóse *Una cana al aire*, gracioso diálogo escrito por Angel Caamaño y que interpretaron con singular acierto los populares Loreto

Seguidamente los artistas del Teatro de Apolo representaron el nuevo sainete de los Sres. Asenjo y Torres del Alamo titulado *La boda de Cayetana o Una*

tarde en *Amaniel*, con música del maestro Luna. Es un cuadro de costumbres bien observado y trazado hábilmente, con tipos populares admirablemente estudiados y llevados a la escena con toda fidelidad, y con profusión de chistes. La música es ligera y elegante, sobresaliendo en ella una glosa en estilo flamenco de la romanza de tenor del último acto de *Tosca*. En uno de los cuadros, el popular actor Casimiro Ortas hizo las delicias del público imitando con su incomparable gracia a conocidas cupletistas y bailarinas españolas y extranjeras. Carmen Andrés, Consuelo Mayendía y Rosario Leonis dieron gran realce a sus papeles, lo propio que los Sres. Moncayo, Sánchez del Pino y Villa.

La eminente actriz Carmen Cobeña interpretó de un modo delicioso un monólogo del Sr. Muñoz y Pavón titulado *Media pava*, en el que se representa el anhelo con que una mocita sevillana espera que se acerque a su reja algún galanteador.

La famosa cantante y admirable bailarina rusa María Kusnezoff, que tantos aplausos ha conquistado en el Teatro Real, cantó varias canciones del maestro Serrano, entre ellas una de *El rey del corral*, y cantó y bailó la jota de *La alegría del batallón*. También bailó con sin igual donaire un garrotín expresamente escrito para ella por el citado maestro.

Terminó el espectáculo con el estreno de un propósito de los señores Paso y Abati titulado *Recuerdos del tiempo viejo*, en cuya ejecución tomaron parte la popular cupletista *La Fornarina*, todos los artistas de la compañía de opereta italiana Caramba que actúa en el Teatro Español y que quisieron dar esta nota de fraternidad artística asociándose a la fiesta; los coros de los teatros de Apolo y la Zarzuela, y un numeroso cuerpo de baile.

Carmen Andrés y el barítono Llimona cantaron y bailaron la famosa tonadilla del *Tripili*.

En el cuadro final, cuya acción pasa en San Antonio de la Florida, todos los artistas que habían tomado parte en la función desfilaron por la escena al compás del hermoso pasacalle de la preciosa zarzuela de Barbieri *Pan y toros*.

La fiesta resultó admirable, y proporcionó grandes aplausos a autores y artistas, y calurosas felicitaciones a sus organizadores.

Los Ayuntamientos y periodistas de Valencia, Sevilla, Murcia, Málaga, Zaragoza, Córdoba, Granada y Alicante contribuyeron a la fiesta enviando gran cantidad de flores.



Loreto Prado y Enrique Chicote con las artistas del Teatro Cómico que representaron el entremés *Una cana al aire*, de D. Angel Caamaño

detalle necesario de plantas, secciones fachadas y presupuestos; y la belleza de los diversos tipos, dentro de la economía necesaria, hacen que sea este libro no sólo un consultor utilísimo para el propietario o constructor de una casa, sino una fuente de ideas que facilita el trazado de nuevos proyectos. El libro contiene, además de consideraciones técnicas generales, la legislación española sobre casas baratas, y se divide en tres partes: casas urbanas, villas y fincas rústicas con todos sus anexos. Un tomo de 424 páginas con profusión de grabados; precio, 8 pesetas en rústica y 9 encuadernado en tela inglesa.

A TRAVÉS DEL DESIERTO, por *Enrique Sienkiewicz*. — El célebre autor de *Quo vadis?* nos ofrece en este libro una narración interesantísima en la que la acción principal está hábilmente enlazada con la lucha sostenida por los ingleses en el Sudán con el Madhí en 1885. Las maravillosas aventuras de dos niños secuestrados por los mahdistas y que, después de recobrar milagrosamente la libertad, cruzan durante algunos meses el desierto, luchando contra toda clase de penalidades y de peligros, y saliendo al fin sanos y salvos de todos ellos, son en alto grado interesantes y llegan en algunos momentos a producir una emoción intensa. Abundan en la obra las descripciones de lugares y costumbres de pueblos salvajes admirablemente hechas y las noticias en extremo curiosas sobre la fauna y la flora del desierto, así como los episodios, de los cuales se desprenden admirables enseñanzas acerca de lo que puede una gran fuerza de voluntad, aun siendo ésta la de un niño, y de los recursos que el ingenio, la energía de carácter y el valor ofrecen para salir de las situaciones más difíciles. Un tomo de 370 páginas, editado en Barcelona por Gustavo Gili.

EL TRATAMIENTO QUIRÚRGICO DE LOS MIOMAS Y OTRAS AFECCIONES UTERINAS BENIGNAS DE ÍNDOLE HEMORRÁGICA, por el doctor *Victor Conill*. — Notable trabajo, en el que su autor, el reputado médico barcelonés Dr. Conill, de la Sociedad Ginecológica Alemana, después de estudiar las mencionadas enfermedades, preconiza como tratamiento para la curación de las mismas la aplicación de la radioterapia profunda, practicada por eminencias médicas extranjeras, demostrando la acción ejercida por los rayos catódicos, explicando el modo de proceder en cada uno, y exponiendo los satisfactorios resultados obtenidos. Un folleto de 40 páginas, impreso en Barcelona en la imprenta de Antonio Virgili; precio, 1 peseta.



BARCELONA. SALÓN DEL FAYANS CATALÁ. - EXPOSICIÓN MYRBACH



El celebrado artista parisiense Feliciano de Myrbach en el Salón del Fayans Catalá, en donde actualmente expone algunos de sus bocetos y acuarelas sobre costumbres catalanas (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

La notabilísima exposición del celebrado artista parisiense Feliciano de Myrbach actualmente instalada en el Salón del *Fayans Catalá*, ofrece un doble interés, por lo que es en sí y por lo que significa. Aquella serie de acuarelas y bocetos es una demostración de un perfecto dominio de la técnica del dibujo y del color; pero es, además, la revelación de un temperamento artístico de primera fuerza.

En efecto, todos los asuntos de las cuarenta y dos obras expuestas son catalanes, y tienen un color local tan admirable, que dijérase que el autor ha vivido siempre en nuestra tierra y ha sentido toda su vida en catalán; sin embargo el artista sólo lleva ocho meses de permanecer en Cataluña y en este corto lapso de tiempo, se ha asimilado de tal manera el paisaje, el ambiente y el modo de ser de las gentes de nuestra región que ha logrado ponerse a la altura de nuestros mejores pintores ruralistas. Sus figuras de payeses, de ejecución perfecta, están llenas de carácter; son hombres, mujeres y niños de nuestros campos y de nuestras poblaciones rurales, no sólo por fuera sino también y principalmente por dentro; no es la indumentaria lo que les imprime el sello catalán, es el alma que se refleja en sus caras y hasta en sus actitudes. Y los paisajes son expresión de impresiones hondamente sentidas en presencia de nuestra naturaleza. Todas las obras de esta índole son verdaderamente bellas; todas merecen ser citadas. Mencio-

naremos, sin embargo, de un modo especial *Cop a ciutat, Tractant priu, Mercat de Girona, Anant al mercat, L'hereu, Festejant, Carro de llenya* y entre los paisajes *Pins y Tibidabo*.

Entre los asuntos barceloneses, *Fira de galls y Rambla de las Flors* son dos notas perfectamente observadas y admirablemente reproducidas.

El Sr. Myrbach, que en su juventud fué militar, decidió abandonar las armas y dedicarse al arte, para lo cual en 1881 se estableció en París, entrando en el taller de Carlos Durán. Después de haber expuesto en los Salones de 1882 y 1883, dedicóse preferentemente a la acuarela y a la ilustración. Desde entonces ha ilustrado primorosos libros de About, Coppée, Daudet, Bourget y Lotti para la casa Hachette, y otros para la casa Goupil. Últimamente estaba ilustrando la monumental obra de Federico Massón sobre el Primer Imperio, cuando al estallar la actual guerra hubo de venir a Barcelona. Enamorado de nuestro cielo, de nuestra tierra y de nuestras gentes, y seducido por lo pintoresco de nuestra región, «he procurado - dice modestamente - reproducir el hombre y la mujer del campo de Cataluña».

Bien puede vanagloriarse el ilustre artista de haber conseguido su propósito, ya que el alma de la tierra catalana alienta en todas las excelentes obras expuestas en el *Fayans Catalá*.

PARA CURAR SIN MOLESTIA CALLOS Y DUREZAS CALICIDA ESCRIVÁ

ES EL ÚNICO REMEDIO DE ÉXITO SEGURO

AVISO A LAS SEÑORAS

EL APIOL DE LOS JORET Y HONOLLE

CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

F. G. SÉGUIN - PARIS 165, Rue St-Honora, 165

TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

LA EMPERATRIZ EUGENIA

Apuntes históricos íntimos, por J. B. ENSEÑAT

Un tomo lujosamente encuadernado, 5 pesetas para los suscriptores a esta ILUSTRACIÓN.

ORINA

Las SALES KOCH curan SIN SONDAR NI OPERAR la uretra, próstata, vejiga y riñones. Dilatan las estrecheces, rompen la piedra y expulsan las arenillas, curan los catarros é irritaciones de la vejiga; calman al momento las punzadas y horribles dolores al orinar, limpiando la orina de posos blancos purulentos, rojizos y de sangre. Las SALES KOCH no tienen rival por su acción rápida y segura. Venta en las boticas del mundo. Las CÁPSULAS KOCH cortan en DOS DÍAS, sin peligro, los flujos blenorragicos secretos recientes y modifican los crónicos. Para lograr un éxito fijo pídase gratis á la CLÍNICA MATEOS, Arenal, 1, de MADRID (España), el método explicativo infalible.

ECOS DE LAS MONTAÑAS

POR D. JOSÉ ZORRILLA. - ILUSTRADO POR GUSTAVO DORÉ

Un tomo de 446 págs., 5 pesetas para los suscriptores a esta ILUSTRACIÓN.

HIPOFOSFITOS SALUD

COMBATE ANEMIA ESCROFULISMO NEURASTENIA INAPETENCIA

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero **HIERRO QUEVENNE** Curadas por el El mas activo y economico, el unico Inalterable. - Exigir el Verduero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN